



Entre árboles y rocas
**JOSÉ MARÍA
VELASCO,**
un pintor extraordinario

Cristian Reynoso Rodríguez

Ilustraciones:
Rocío Solís Cuevas

Entre árboles y rocas
JOSÉ MARÍA
VELASCO,
un pintor extraordinario

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

Entre árboles y rocas
**JOSÉ MARÍA
VELASCO,**
un pintor extraordinario



Cristian Reynoso Rodríguez

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas

FOeM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Entre árboles y rocas. José María Velasco, un pintor extraordinario

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

© Cristian Omar Reynoso Rodríguez, por el texto

© Rocío Solís Cuevas, por las ilustraciones

ISBN: 978-607-490-386-7

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/01/13/22

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva del autor.

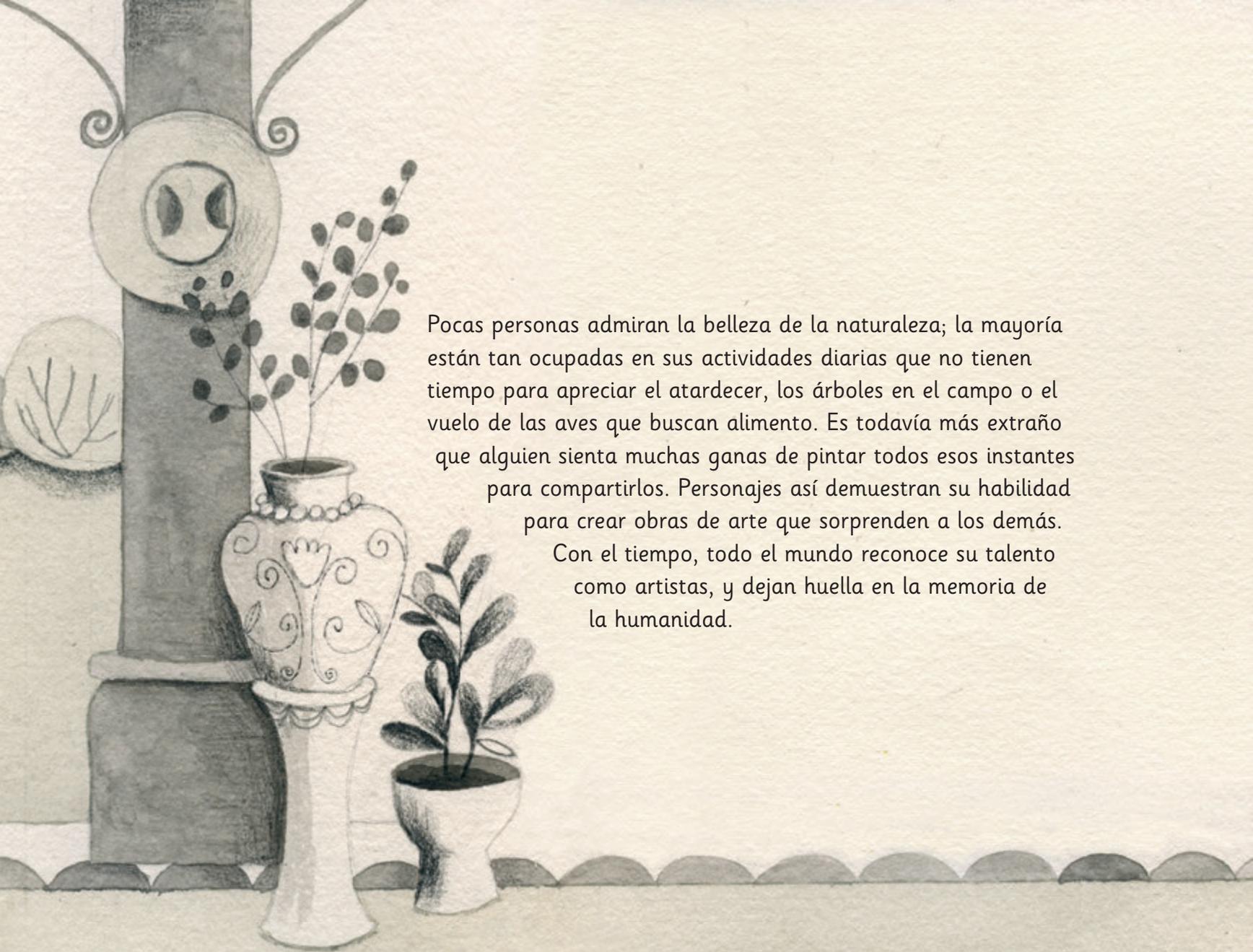
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Siempre llevaré en el corazón tu inagotable
curiosidad, cada viaje contigo y cada aventura
por la que me hiciste pasar. Gracias a tu com-
plicidad, heredé el gusto por buscar historias
extraordinarias. Te amo, papá, en donde quiera
que estés*







Pocas personas admiran la belleza de la naturaleza; la mayoría están tan ocupadas en sus actividades diarias que no tienen tiempo para apreciar el atardecer, los árboles en el campo o el vuelo de las aves que buscan alimento. Es todavía más extraño que alguien sienta muchas ganas de pintar todos esos instantes para compartirlos. Personajes así demuestran su habilidad para crear obras de arte que sorprenden a los demás. Con el tiempo, todo el mundo reconoce su talento como artistas, y dejan huella en la memoria de la humanidad.

Doña María Antonia



Don Felipe



Antonio



Ildefonso



José María





Así fue la historia de José María Velasco, uno de los más grandes paisajistas mexicanos. José María nació en 1840, en el pequeño pueblo de San Miguel Temascalcingo. Sus papás, Felipe Velasco y María Antonia Gómez, se dedicaban al comercio. Ellos deseaban una vida digna, por lo que enseñaron a sus hijos desde muy pequeños a luchar por alcanzar sus sueños y a vivir con el anhelo de superarse. Estos pensamientos hicieron que don Felipe buscara siempre mejores oportunidades de trabajo, incluso lejos de su lugar de origen. Fue así como la familia viajó a Ciudad de México.

José María y su hermano Ildefonso disfrutaron de un largo camino en el que pudieron admirar los paisajes. La diligencia en





la que se trasladaron era un pequeño coche arrastrado por caballos. El vehículo se detuvo varias veces para que los pasajeros estiraran las piernas y tomaran algún alimento. Tuvieron que pasar primero a Toluca, que desde 1830 es la capital del Estado de México; luego de una noche, continuaron su camino a través de las montañas que separan el Valle de Toluca y la Cuenca de México. La vista debió ser increíble: extensos campos verdes donde habitaba un sinfín de animales, además de los lagos con aguas cristalinas que enamoraron al pequeño José María.

Para 1847, Ciudad de México enfrentaba innumerables batallas debido a la guerra entre México y Estados Unidos, lo que obligó a la familia Velasco a buscar refugio en San Pedro Azcapotzalongo, mientras se calmaban los pleitos en el país.



La voluntad del padre por mejorar la calidad de vida de su familia tuvo que aguardar dos años más, hasta que, por fin, en 1849, pudieron regresar a Ciudad de México.

Con más tranquilidad que en el primer viaje, los Velasco se instalaron en la gran ciudad. Buscaron una casa para vivir, e inscribieron a sus hijos en la escuela más cercana. Los ánimos de los padres se llenaron de esperanza, pues con este cambio comenzaría una nueva época de prosperidad.

Desafortunadamente, la felicidad no duraría mucho, ya que la epidemia de cólera de 1850 en México ocasionó muchas



muertes. José María recordaría ese año como uno de los más amargos de su vida, pues su padre fue víctima de la enfermedad; su madre aún estaba convaleciente, y los niños quedaron bajo el cuidado de su tío, hermano del difunto Felipe.

El tío Guadalupe los alojó en una vieja casa a la que todos conocían como Baño de los Pescaditos. En ese lugar, José María, ahora huérfano de padre, se convirtió en adolescente. Con el paso de los años y a pesar del esfuerzo de María Antonia, el dinero para mantener a sus hijos era insuficiente, por



lo que José María se empleó en la tienda de rebozos del antiguo mercado del Volador, al tiempo que continuaba con sus estudios. Ahí se encargaba de elaborar inventarios y surtir los pedidos de compra. En su nuevo trabajo, el tiempo debió pasar lento; siempre estaba metido en la bodega y bajo la rutina de aquella tienda, donde constantemente recordaba los sueños por los que luchó su padre.

En sus ratos de fastidio, practicaba algunas actividades que lo distraían: se dedicaba a contemplar el mundo a su alrededor; observaba a la gente que acudía al mercado, su comportamiento y sus hábitos; admiraba las construcciones cercanas, las fachadas de las casas y







las plazas de la ciudad; recorría las calles y visitaba antiguas casonas. Para no olvidar todo lo que veía, realizaba bocetos en un cuaderno, que pronto se llenó de cientos de imágenes en las que se advertían los más pequeños detalles. Esta actividad constante hizo que José María se convirtiera en un aficionado del dibujo.

Cuando no pudo más, convencido de que no quería pasar su vida detrás de un mostrador, le pidió permiso a su tío Guadalupe para tomar clases nocturnas de dibujo en la Academia de San Carlos. En esa escuela destacó rápidamente, debido a su interés y dedicación. Durante los siguientes tres años, alternó el trabajo con el estudio. Después de ese tiempo, esa fascinación lo llevó a solicitar su ingreso de tiempo completo en la academia, y







se inscribió en la carrera de pintura de paisaje.

En su vida de estudiante, José María pasaba largos ratos copiando las obras de arte que veía en sus clases, incluso las esculturas de yeso y las fotografías. Los temas que más le interesaban eran aquellos relacionados con los reinos animal y vegetal, así como las formas del cuerpo humano, por lo que decidió conocer más acudiendo a la Escuela de Medicina. En cada clase, su interés por el dibujo y la pintura aumentaba, pues todos esos nuevos conocimientos se convirtieron en una puerta a los descubrimientos que existían hasta el siglo XIX.

Los problemas de dinero continuaron quitándole el sueño, ya que en varias ocasiones estuvo a punto de dejar sus estudios





para buscar un empleo. Afortunadamente, en los momentos más difíciles, sus maestros lo llenaron de esperanza y logró obtener una pensión de la academia para mejorar la economía familiar. En 1860, se enlistó en el concurso de pintura para alumnos. A pesar de que sus contrincantes le llevaban ventaja, Velasco confió en sus habilidades y comenzó a pintar con mucha dedicación. Buscó la inspiración en el deteriorado patio del convento de San Agustín, de Ciudad de México; acudía todos los días para apreciar la mayor cantidad de detalles y así reproducirlos en el lienzo. Siempre buscó la asesoría de sus profesores, quienes le ayudaron a mejorar su técnica hasta que completó el cuadro.

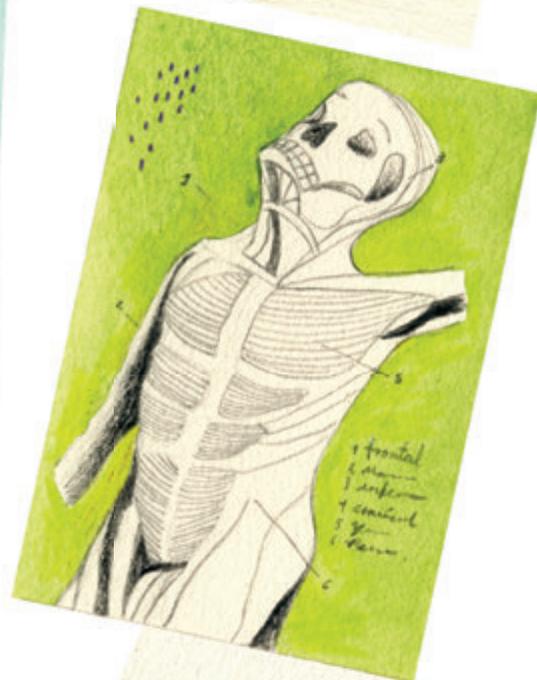
Luego de que un grupo de profesores evaluó todos los trabajos participantes, el jurado decidió otorgar el premio a José



María Velasco, quien recibió la noticia con gran entusiasmo; el joven pintor, a partir de ese momento, ya no tendría que preocuparse por abandonar lo que más le apasionaba.

Esta experiencia le enseñó que el trabajo y la constancia le darían las herramientas necesarias para salir adelante, por lo que continuó esforzándose día tras día. Debido a la gran calidad de sus pinturas, los maestros de la academia comenzaron a encargarle trabajos independientes, que realizaba en sus ratos libres. Velasco planeó varias excursiones cerca de la ciudad, con el objetivo de perfeccionar su técnica; así fueron apareciendo en sus cuadros las imágenes de las primeras fábricas, puentes,





vistas de cerros, distintos tipos de árboles y rocas. También llamaron su atención las expediciones arqueológicas y los estudios de anatomía humana; de esta manera, llevó a cabo varias obras con temas científicos e históricos.

Las observaciones que hacía en sus visitas propiciaron que el tema de los paisajes fuera el más recurrente. Con el paso de los años, ganó habilidad con el pincel, al punto de colocar en sus obras los más mínimos detalles de las personas retratadas y de la geografía mexicana. En sus trabajos como estudiante se vislumbraba el futuro de un gran artista; por eso, al concluir sus estudios, fue nombrado profesor de la misma escuela que lo preparó.





¡y tuvieron trece hijos!



Algunos años después, conoció a María de la Luz Sánchez Armas, quien se convirtió en su esposa. El sueldo que recibía como profesor poco alcanzaba para mantener a su familia, así que practicó el oficio de fotógrafo, en el cual no tuvo mucho éxito. De esta etapa logró descubrir su afición por el retrato. Por suerte, le llegaría una propuesta para pintar varios dibujos de la flora del Valle de México con la técnica de acuarela.

Más tarde, pintaría tres de sus obras más representativas, en las que se refleja la belleza del Valle de México. Una de éstas fue premiada por el presidente de la república, Sebastián Lerdo de Tejada, quien lo reconoció como artista al entregarle una medalla de oro. Las otras







dos fueron exhibidas en Estados Unidos y en Francia, representando a México. Su reputación como pintor mejoraba y, con ello, su situación económica. La admiración de la gente hizo que tuviera más trabajo y que lograra juntar dinero para comprar una casa para su familia.

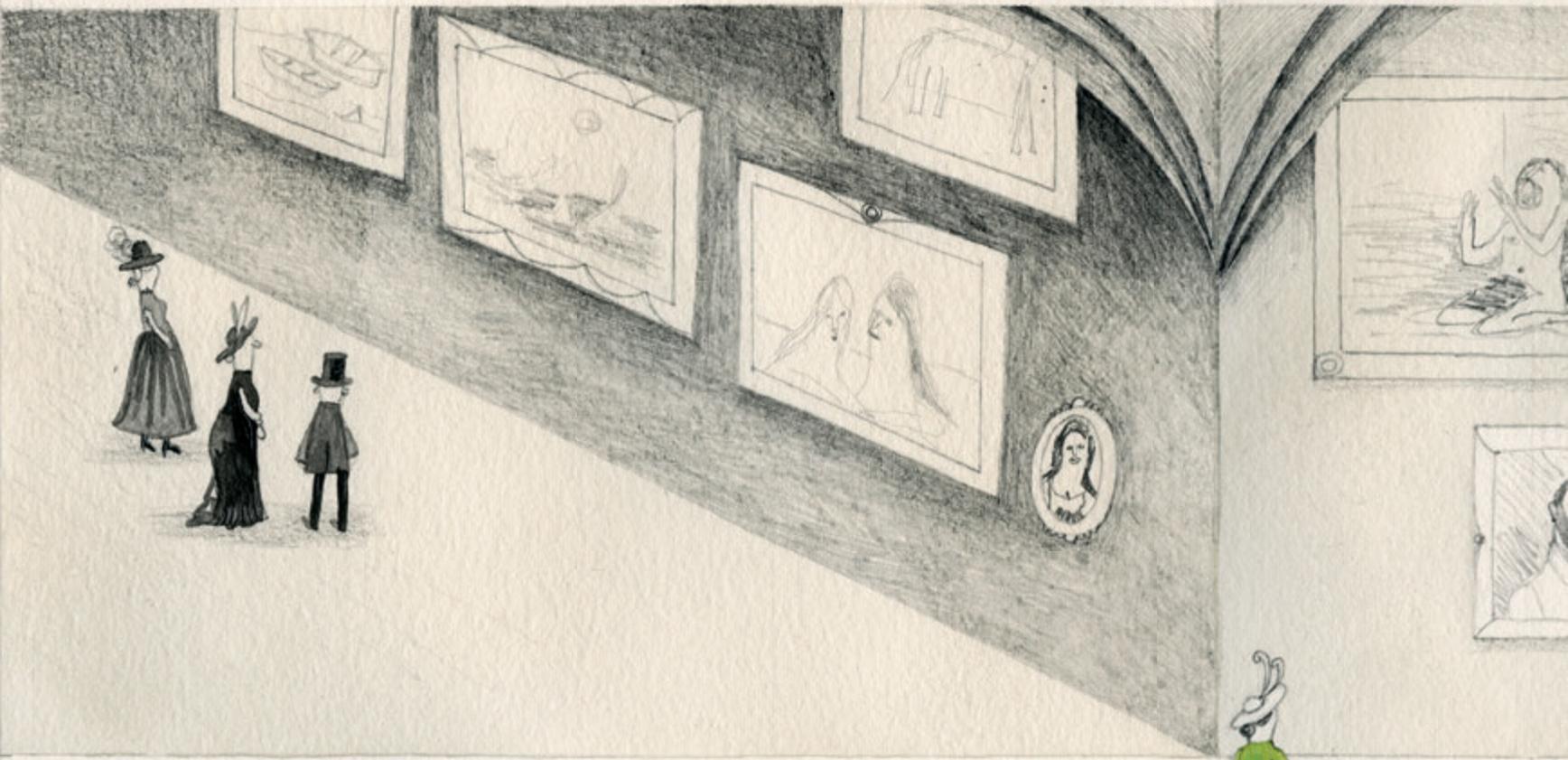
Durante la presidencia de Porfirio Díaz, trabajó como profesor; daba cla-



ses de paisaje en la Academia de San Carlos. Durante todo este tiempo, las familias de la alta sociedad lo buscaban constantemente para encargarle reproducciones de sus pinturas más famosas. José María Velasco obtuvo, en su etapa de madurez, tranquilidad y experiencia para pintar los paisajes mexicanos. El ahora destacado artista se daba tiempo para visitar Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, Morelos, Querétaro, Veracruz y el Estado de México.

En 1889, el gobierno envió a José María a París como representante de la delegación mexicana para recibir la condecoración de Caballero de la Legión de Honor.





En aquel viaje, aprovechó para visitar España e Italia, y también para conocer a los pintores más importantes de Europa. Sus éxitos continuaban. En 1895, llevó una gran parte de su obra a Chicago, donde fue ovacionada. Años después, le otorgarían un reconocimiento más: la Cruz de Caballero de la Insigne Orden de Francisco José de Austria.

El cambio de siglo hizo que Velasco incorporara a sus paisajes algunos de los adelantos industriales de la época, como el ferrocarril, que debió maravillarlo por su sorprendente tecnología, además de los impresionantes puentes que se construyeron a su paso.







En las primeras décadas del siglo XX, el pintor se refugió en sus clases. Otros artistas surgirían con propuestas novedosas. José María obtuvo el último nombramiento de su amada academia como inspector de dibujo. Finalmente, los años consumieron al artista y el 26 de agosto de 1912 falleció de un infarto. A más de siglo y medio de su nacimiento, José María Velasco es y seguirá siendo uno de los más grandes pintores mexicanos y siempre lo recordaremos como el mejor paisajista del siglo XIX.





Cristian Reynoso Rodríguez

Es licenciado en historia por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM); tiene el diplomado en historia del arte de México por la misma institución, y el diplomado en raíces de la mexicanidad por El Colegio Mexiquense A. C. En 2015 fue galardonado con la Presea Metepec en la categoría Artes y Letras, y en 2016 fue nombrado cronista municipal del mismo lugar. Se ha desempeñado como profesor e investigador; actualmente forma parte del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Entre sus publicaciones se encuentran: *Festival Quimera, 30 años de historia* (2020); *En el Cerro de los Magueyes: Metepec, de la época prehispánica al siglo XX* (2018); *Metepec, Pueblo Mágico. Tierra de tradición y ensueño artesanal* (2018); *Y tú, ¿qué sabes hacer con tus manos? Recorrido por los talleres artesanales de Metepec* (2018), obra que en 2019 obtuvo la mención honorífica del Premio “Antonio García Cubas”, que otorga el Instituto Nacional de Antropología e Historia; *Álbum de los constituyentes del Estado de México 1916-1917* (2016); *Metepec, capital del Estado de México en 1848* (2015); *Centro histórico de Metepec* (2010); *Catálogo de Tesis de la Licenciatura en Historia* (2004), así como varios artículos de crónica publicados en boletines, revistas y guías culturales.

Rocío Solís Cuevas

Estudió la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y el diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo fue seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración en 2013. Ha diseñado e ilustrado publicaciones para la Secretaría de Educación Pública; la Secretaría de Educación y la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México; el Instituto Electoral del Estado de México; Amaquemecan, y Editorial Aguilar. Su trabajo puede ser consultado en <rociosolis.wordpress.com>.





Entre árboles y rocas. José María Velasco, un pintor extraordinario, de Cristian Reynoso Rodríguez, se terminó de imprimir en diciembre de 2022, en Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usaron las familias tipográficas Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. y Auto Pro, de Bas Jacobs, Akiem Helmling y Sami Kortemäki, para Underware. Concepto editorial: Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Mariana Aguilar Mejía y el autor. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez.

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



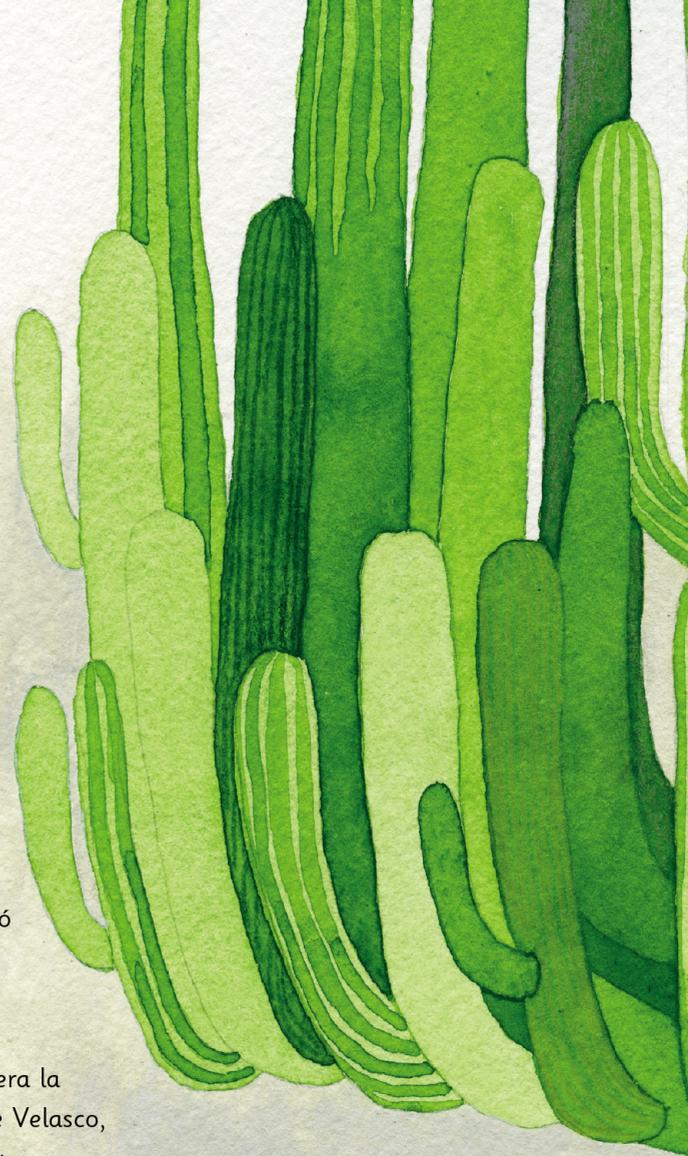
Colección Lectores Niños y Jóvenes

Literatura infantil

El mejor paisajista mexicano del siglo XIX se llamó José María Velasco y alguna vez fue un pequeño curioso cuyos ojos, especiales y atentos, se llenaron con el verdor de la naturaleza de su pueblo natal, con las calles, plazas y casonas de la ciudad donde creció. Su niñez de penurias y pérdidas no le arrebató su talento, sino que lo nutrió de motivos que, a casi dos siglos de su nacimiento, nos siguen maravillando.

En este libro imprescindible, Cristian Reynoso recupera la historia de vida de ese pintor extraordinario que fue Velasco, para conocimiento y disfrute de las infancias de hoy.

LAURA ZÚÑIGA ORTA



**CONSEJO
EDITORIAL**
de la Administración Pública Estatal

EDOMÉX
DECISIONES FIRMES, RESULTADOS FUERTES.